Colores en el mar

El mar se encuentra encadenado a la tierra como el alma del hombre se encadena a su cuerpo; he ahí ese deseo tempestuoso del elemento líquido por desembarazarse de la materia torpe y lenta; he ahí esas torres de agua que masturban la insensible calma del cielo. Se aplaca a veces el desasosiego, se somete al fin la rebelión de las ondas marinas; la luna doma al mar a latigazos, lo arrincona, lo humilla, lo entristece, para volver a insolentarlo con el efecto mágico y secreto de su fuerza escondida. Luna y mar; poeta y Universo en eterno connubio.

Colores en el mar (México, 1921) acusa el primer amor del poeta; el primer paso en su vida de predestinación; el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que desarrollarán su total contextura con arreglo a este inicio que marca la pauta. En la ciencia lo importante es ubicar la pregunta dentro de un contexto sistemático de valores, o lo que es lo mismo, colocar la x dentro de la ecuación, hacer que la pregunta sea determinable, lo demás —encontrar la respuesta— no es más que labor minuciosa y paciente. De igual modo, en la poesía, el primer verso de un poema encierra toda la posibilidad del poema, y el primer poemario todo lo contenible de la obra. Recuerdo para este propósito el título de una obra monumental de la música barroca: *Il ci-*

mento dell'armonia e dell'invencione con la que Vivaldi demuestra que desentrañando el contenido de un ritmo inicial se desenvuelve toda la estructura de un poema musical. En el proceso de la creación artística sucede lo que en el proceso del despliegue de la vida. De esa tierra húmeda que llamamos infancia, nace esa planta humana que podríamos llamar poema. La obra de Pellicer es resultado ineludible del desenvolvimiento de su conciencia. Y por conciencia entiendo aquí los moldes de su sensibilidad poética, los cuales encontramos ya perfilados en su primer libro, cuando el poeta contaba veintidós años solamente.

La infancia de Pellicer ha sido saturada del jugo del mar, de su perfume, de su luz, de sus colores limpios. Desde el fondo de esta conciencia crece su obra y su ser.

Carlitos, el niño mimado de su madre, el niño triste y severo, es lamido y relamido por las tiernas olas de comba maternidad de las playas del Golfo, como una gata madre lame la piel de sus crías para pulirla y abrillantarla. El mar "se desmelena" entonces tocando su "divino concierto matinal en sus gloriosos pianos" y da la bienvenida al hijo de su sangre. El poeta ha sido bautizado, ha nacido en espíritu y en verdad; se ha establecido definitivamente el pacto y se ha esclarecido su divina misión sobre la tierra, misión de la que él nos dará cuenta más tarde, con su voz de hombre, en estos versos que ya traslucen el dominio de los elementos: "Toda mi voz fluvial dada en plantío/poderosa presencia agricultora". Este primer contacto con las playas de América, venido desde dentro. Este asomarse al borde de sí mismo desde el seno materno de su América, permite a Pellicer, desde muy temprana edad, dar testimonio de la anhelada hermandad de nuestros pueblos, y sentir en su propio nacimiento, todavía caliente, el nacimiento de "mil niños que en el mar se bañasen/ así las olas eran infantiles y claras de gritar". Esta hermandad de los pueblos de América, tan hondamente presentida, descubre el amor de Pellicer por Bolívar, por Hidalgo, por la unidad social de América, por la libertad de América (y del mundo): tópicos frecuentísimos en su poesía. No es extraño que en sus primeros poemas figure ya uno a Bolívar (saludándole). Tampoco es extraño que Pellicer, desde su adolescencia, haya iniciado con sus "pies geográficos" ese apasionado "cateo" del continente, como "un árbol de caoba que camina". (Tengo noticias de que Pellicer, que ha recorrido el mundo en toda su dilatada anchura, recorrió la península itálica a pie.) Pero más que un árbol de caoba que camina, aunque prodigue sombra magnífica, prefiero imaginar a Pellicer, con sus brazos de corriente marítima, abrazando los cuerpos continentales para acondicionar su clima.

El niño crece y se torna travieso saltimbanqui de las olas. En uno de sus tantos viajes juveniles lo encontramos chapoteando de alegre felicidad frente al puerto de Curazao: "Pondré el Mar a la izquierda/ y haré más puentes movedizos./ ¡Lo que diga el poeta!" (Este recuerdo de tarjeta postal será una constante en la poesía, asombrosamente pintoresca y viajera, de Pellicer.) El niño juega en la playa con castillos de arena, mientras el gusano de la sensualidad trabaja incansablemente y empieza ya a roer su corazón: "Por la tarde vendrá Claude Monet/ a comer cosas azules y eléctricas". Es entonces cuando se establecen en su conciencia las diferentes edades de las olas; porque hay olas adultas y olas infantiles: "Allá tumban a tumbos tantas notas que tratan/ y aquí trituran cuentas de cristal y de vidrio". Además nos dirá que las olas adultas son las olas de la caída, las olas de las funestas consecuencias del estado de pecado; la fatua vanidad, la soberbia cegata de los tiranos y los ricos endiosados, pues, "quesas ruedas redondas redobladas de viento/ se rodaban redondas broncamente en su intento". Y estamos en el brioso terreno de la juventud, el poderío de la pasión, el dinamismo ascendiendo por la escala de la vida.

El corazón del poeta es fragua hirviente donde en profundos círculos de fuego comienza a forjarse el poema como una gema preciosa ofrecida al Creador: "El amor, que en el caos fue primero/ lo lanzó sobre la órbita más pura/ y así cumple su ciclo dulce y fiero", nos dice. Pero, este pequeño sol de su amor, como el sol grande, se baña desdeñosamente en el mar para luego embarcarse y partir en una nube sin

siquiera recordar nada. No, no es posible, el joven poeta no puede darse el lujo de ese gesto divino; es necesario recordar. Para el poeta la memoria, aunque implacable a veces, es fuente de riqueza y poderío. Si no hay nada que recordar, debe crearse. La memoria del futuro, lo premonitorio, lo profético, definen y afinan el quehacer poético; compromiso sagrado entre el poeta y los números celestes. César Vallejo expresó de modo contundente, quizá mejor que ninguno, esta misión sagrada del que canta: "Me moriré en París con aguacero/ un día del cual tengo ya el recuerdo". Esto explica por qué a veces los jóvenes poetas nos hablan en lengua madura, es decir, abordan tópicos de vida madura. El mar verde y las palmeras, serán el símbolo de la esperanza en *Colores del mar,* pero una esperanza que es memoria del porvenir:

"El mar mereció estas palmas
por su vieja intrepidez
que hizo eterna mi esperanza.

Y el verde dijo: ¡Después!"

¡Qué manera de decir las cosas no diciéndolas! Lo que nos interesa en la poesía no es lo que dice el poeta sino lo que oculta. Si algo le debemos a la Grecia Antigua es el habernos dotado del concepto de belleza como la suma y depurada expresión de la armonía oculta de la naturaleza. Toda fuerza natural y todo gran concepto de la moral han sido vertidos al mundo de una manera velada. La fuerza como la verdad desnuda nos destruirían. "De lo terrible, lo bello es aquello que aún soportamos", nos dice Rilke.

El cielo se despeja y la tarde es "tan clara, —dice Pellicer— que hay gentes asomadas/ a sus puertas, diciendo que es la tarde mejor". Y más adelante: "Tu belleza y el mar buscan mi estrella". Asistimos en este instante a los esponsales del poeta con la naturaleza. Su alma ha sido presa como el mar en las roncas cavernas de la tierra. La vemos como un sátiro persiguiendo la femenidad musculosa de la ola que le birla finalmente su lascivia. Las sirenas burlan definitivamente su caballeresca e indómita pasión como

cuando los paseantes juegan en el zoológico con la bestia enjaulada. Ocurrió lo que esperábamos; el mar se presenta ahora triste como un rey enfermo de amor y el poeta no puede descifrar su silencio, como un niño no podría desentrañar el significado del contrito silencio en que se sumergen a veces los adultos sonrientes y juguetones. Un toque de queda anuncia el desencanto, el elemento negativo del mar solapado bajo su impasible máscara de belleza. El vino azul del mar no solamente produce esa embriaguez de luz y alegría, de dicha y de color. Es también, ¡cómo remediarlo!, "noche sin sombra". El mar no solamente se oscurece sino que la oscuridad se hace impalpable en él. Toda su fuerza y gallardía se encoge bajo un hálito denso de impotencia. No sabríamos decir si la superficie se ahonda insondablemente o si la bóveda luminosa y celeste ha desaparecido. Tal parece, en su contrita oscuridad, ataúd de lo infinito. La nave del poeta es "ave rara entre el horror marino", no obstante (y por eso) "la vela triangular tiene el amor de un ave" y la noche del mar es "noche de terror y de gloria". Las gentes guardan luto por la muerte del mar, mas ignoran que ese mar a quien la muerte ha enmudecido, está preñado de resurrección.

El poeta no es solamente un espectador, es también conductor de las fuerzas de la naturaleza. Es por esto que se hace indispensable el retiro, la honda reflexión, la soledad de caverna donde el llanto del poeta se convierte en sonrisa de odio:

"Y una roca que aísla su solemne postura
después que suena un látigo de ola en su negrura
con la espuma sonríe con sonrisa de ira."

Así como en los remansos de los ríos se abren anchas posibilidades de cielo, nuestras vidas reflejan más luz en el reposo. Es desde esta soledad honda y sentida como una muerte, desde donde nuestro poeta conduce y atestigua la orquestación creadora del universo. Es dentro de esta muerte como dentro del útero materno donde, para decirlo con sus propias palabras: "Perfecciono en el recuerdo de Ella/ la san-

tidad salvaje que hay en mi corazón". Sí, Carlos, la muerte ha domeñado al potro salvaje de tu juventud.

En esta primera experiencia del poeta encontramos ya aquellas características que serán los dorsos orográficos de su creación artística posterior. Si bien en la semilla no se encuentra el árbol, sí los lineamientos de su futuro desenvolvimiento. De aquí que *Colores en el mar* sea a la vez un prólogo y una conclusión.

Religión y patria

El cristianismo en Pellicer es vertebral. Por su canal se distribuye ese aliento vital del aire que llega hasta el último rincón de su poesía, cargada además de citas abundantes de temas bíblicos, sonetos a la Virgen y sonetos a Cristo. La voz del poeta frente al mundo está regida por situaciones equivalentes a la del ánima del poeta frente al mundo. "Creo en Cristo —declara Pellicer— al introducir sus poemas de "El Nacimiento" en su *Material poético*— como la única realidad importante en la historia del planeta. Todo lo demás —arte, ciencia, etcétera— es accesorio, secundario y anecdótico." Quien acantila tamaña fe, es natural que destile humor confiado; ese otro elemento característico y sincero de la poesía pelliceriana. El sorteador, el mago de la suerte que hace reír, pues la demasiada tensión puesta en la vida o en la obra haría desaparecer el duende de la oportunidad, el feliz desenvolvimiento de los hechos. (El famoso *horror a la literatura* es congénito en la obra de Pellicer.) El dolor en la poesía de Pellicer es secundario, accesorio y anecdótico (pretexto de sus rimas y fantasma de su corazón). En *Horas de junio* nos dice: "Sigo la infancia en tu prisión, y el juego/ que alterna muertes y resurrecciones/ de una imagen a otra vive ciego." Pellicer no podrá encontrarse nunca en el callejón sin salida de *Lo fatal* de Darío, o rodando a la ventura en *Los dados eternos* de Vallejo. Con el respaldo que ostenta Pellicer desde su infancia no puede desesperarse nadie. Pellicer sufre pero no se duele: "el pie profundo sobre el negro piso/ sangró de luces todas las jornadas".

Al perder a la persona amada —síntesis cósmica— Pellicer caerá en una "soledad de todas las cosas" sin palabras, rodeado de unas horas "sin tiempo y sin clima"; caerá en el marasmo de la "pérdida de todo idioma" —desolación verbal momentánea— y no más. Pero la reiterada renuncia de Pellicer a las excelencias de su lenguaje y su personalidad, será garantía de su salvación y del manejo magistral de la lengua. La belleza se entrega sólo al intelecto desapasionado, nos dice Salomón de la Selva, remozando el mismo criterio horaciano. Aunque se hastíe el poeta en su "noche poblada de gusanos", su fe podrá decir cuando le plazca:

> "Cristo, vuélveme a dar esa mirada
> que borró de mi ser lo que descuella."

Y Cristo, ese Cristo que dijo: "El reino de los cielos está en vosotros", verterá de nuevo toda la magnificencia del paisaje en "el ojo azul, lleno y redondo" de Carlos Pellicer, cuya humildad será "siempre habitada". Se estremecerá entonces esa voz solitaria, como una palmera, rodeada de las cuatro voces de los elementos y de los cuatro costados cardinales de la selva entrañable que "sostiene en carne viva la belleza/ de Dios". La rama de su mano que se conecta a un árbol sentirá entonces la conexión de la sangre humana con la vegetal. Estos síntomas poéticos de la obra de Pellicer traslucen una absoluta identificación de la conciencia individual con la conciencia universal, y quien así vive y así siente puede decirnos ante la inminencia de la muerte:

> "Todos se van o vienen. Yo me quedo
> a lo que dé el perder valor y miedo."

El paisaje sirve de sustancia mezcladora entre la devoción religiosa y la devoción patriótica de Pellicer. Esto hace posible al poeta continental, cuya dimensión de universalidad se encuentra perfectamente ajustada a su condición geográfico-racial. Pellicer es netamente hispanoamericano, lo que no le impide ser también ciudadano del mundo, en la medida en que se identifica con el paisaje universal. La fe profunda en los valores e ideales de su pueblo (raza),

da por resultado la visión profunda del desenvolvimiento histórico del mismo. Este procedimiento de llegar al conocimiento por la fe —fe bebida en el paisaje—, lo podemos aceptar también en Pellicer en el más alto grado de universalidad. Religión y patria, religión y mundo se enlazan por el sentimiento de la naturaleza. El viento del Otoño que hace rodar las piedras y los frutos, que da el toque final a la madurez de la naturaleza, por qué no habría de madurar también, con suave caricia, a los hombres de América:

"Tu brazo y tu ala estremecen los árboles
y se oye el ruido oscuro de los frutos que caen.
Oh viento del otoño, maravilloso viento
del otoño!
Acaricias los anchos trigales de la dulce Argentina
y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes
y en mis ojos levantas una nueva alegría.
Alza la voluntad de los hombres de América,
abre los corazones de los hombres de América,
madura sus almas todavía tan amargas,
ahoga en tus telas de oro a la esperanza,
fatal a los hombres de América.
Dales la fe superior al Destino
y la virtud mágica de tu sutil presencia."

La *Estrofa al viento del otoño* ¿es uno de los grandes poemas de la lengua y el poema más inspirado de Pellicer?

"Leyendo estos versos —dice Vasconcelos en el prólogo al poema iberoamericano *Piedra de sacrificios*— he pensado en alguna religión nueva que alguna vez soñé predicar; la religión del paisaje, la devoción de la belleza exterior, limpia y grandiosa, sin interpretaciones y deformaciones; como lenguaje directo de la gracia divina. La adoración del paisaje que es hálito maestro y temblor del mundo en toda su infinita magnificencia. El alma y el mundo fundidos y como recién creados en el seno de la potencia que supera la realidad ordinaria y redime las dos vidas, la vida atormentada del alma y la vida inerte de la naturaleza." Aparte de

ser una maestra definición del arte como religión, esta es una exacta apreciación de la poesía pelliceriana.

Pasión dinámica

". . .agua en arcos por ondas corazones."

C.P.

Carlos Pellicer escribe una poesía espontánea, deportiva la llamaría yo, si la comparo, por ejemplo, con la de Jorge Luis Borges. No sólo son los dos grandes poetas contemporáneos, de América Latina, sino también polos opuestos dentro del mismo oficio, la poesía. Dos grandes paisajistas que operan con el paisaje desde puntos de vista antagónicos. La sorpresa poética en Borges es disección minuciosa, matiz sigiloso, acuciosidad. Lo sorpresivo en Pellicer es soltura natural, desgano, despreocupación, humor. Esto me hace pensar en una poesía de la biblioteca para adentro y en otra poesía de la biblioteca para fuera. Una poesía en voz baja y otra en voz alta. Es este último el sentido deportivo a que me refiero, independientemente de que el poeta posea o no una vasta erudición o de que su poesía sea buena o mala. Borges, ciego físicamente, tendrá que caminar en el poema a tientas. Y cuando descubre la luz o el color de un crepúculo, diría yo que es el tacto el que ha usado si no fuese tan torpe ese sentido. Lo que en Borges es memoria del color, memoria de la luz —de ahí ese laberinteo que nos deja ver en su prosa y en su poesía— en Pellicer es contacto directo, actualizado, cotidiano. Esto obliga al primero a ajustarse a una estricta economía del paisaje, a una precisión casi sistemática y hierática como la del espejo (obvio el decirlo), y al segundo, en cambio, a un despilfarro y desorden. Si Borges es un espejo frente al mundo, Pellicer es un mar. A este último el Trópico le ha dado "las manos llenas de color", y él mismo se juzga como "el Ayudante de Campo del sol". Nuestro poeta llega a identificarse con el paisaje hasta ser uña y carne con él, y yo no sabría decir, dónde empieza la carne y dónde termina la uña cuando me dice:

"Cartílago en atmósferas presiones